

berse dado el ósculo de paz. Felicitas tocó en suerte á un gladiador inesperto, quien la pinchó entre los huesos, obligándola á lanzar un grito, porque los suplicios de los pacientes casi muertos, eran el noviciado de los gladiadores. Perpetua por sí misma dirigió á su garganta el brazo mal seguro de su verdugo.»

Con tal heroísmo aseguraban la emancipación de la mujer aquellas víctimas generosas, y redimían su sexo de una esclavitud vergonzosa, elevándole á la santa dignidad de la mujer cristiana.

**San Cipriano.**—En las últimas persecuciones se habían aumentado de tal manera el número de cristianos que obligaba á algunos miramientos: á menudo se castigaba al obispo, sin causar á su grey ninguna molestia y se permitía á quien quisiera, asistir á los sentenciados y recoger sus reliquias. Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se había sustraído por largo tiempo á las persecuciones de que le hacía blanco su celo, ora ocultándose, ora huyendo, lo cual le valió reconvenções de la iglesia de Roma. Pero cuando el procónsul Paterno le intimó la orden imperial, obligando á los que habían abandonado la religion antigua á volver á ella y á practicarla, Cipriano no titubeó en desobedecer este mandato, alegando no obstante su título de ciudadano romano, y protestando de su adhesión á los emperadores. Fué, pues, desterrado, llamado otra vez y condenado por último á muerte. Dos oficiales llegaron á prenderle en su carro, y habiéndole conducido á casa de uno de ellos, le custodiaron para cenar en una mesa bien servida, permitiendo que vinieran á platicar con él muchos de sus amigos, mientras á la parte de afuera llenaba la calle una multitud de fieles. Cuando fué pronunciada la sentencia gritaron todos: *Moriremos en su compañía*: luego al ser conducido al suplicio le siguieron sus diáconos y sus presbíteros ayudándole á despojarse de sus vestiduras. Tendieron por el suelo pedazos de tela, para recoger su sangre, y cuando fué degollado dieron al verdugo veinte y cinco monedas de oro, á fin de cumplir la voluntad del santo. Su cadáver fué llevado por ellos en fúnebre triunfo al cementerio cristiano (258). ¿Quién no se conmueve ante esa mezcla sublime de cordero y de león?

Modificáronse los edictos de Diocleciano en tiempo de sus sucesores, según el carácter de cada uno de ellos. Los suavizó Constancio, aumentaron su rigor Maximiano, Galerio y Maximino. Majencio concedió al Africa algun reposo, quizá para hacerse adicto un partido de cuya fuerza daba testimonio la persecucion de que era objeto. Durante su reinado vemos á Marcelo obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habían sucumbido en la persecucion precedente; rigor que escitó muchas disensiones, de las cuales resultó que el emperador le envió á destierro (14). Mensurio, obis-

(14) Véase su epitafio en GRUTERO, *Inscr.*, 1172. En la misma obra se hallan dos inscripciones concebidas en

po de Cartago, dió asilo en su casa á un diácono que había escrito contra el emperador, y rehusó entregarle. Llamado á Roma para dar cuenta de su conducta fué allí absuelto (15).

Galerio desplegó mucha más severidad en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, así como en Siria, Palestina y Egipto. Y hasta cuando otorgó descanso á la Iglesia, Maximino que administraba en su nombre, continuó por crueldad y por superstición la matanza de los cristianos, y procuró dar al paganismo lo que le faltaba, una constitucion modelada con arreglo á la de la Iglesia. Después de haber reparado y adornado los templos de las principales ciudades, subordinó los sacerdotes de las diferentes divinidades á pontífices encargados de escitar y de producir la idolatría; estos á semejanza de los obispos que dependían de los metropolitanos, estuvieron bajo la vigilancia de grandes sacerdotes, que, vestidos de blanco y escogidos entre las principales familias, obraban como vicarios inmediatos del emperador. Hizo además que le exhortaran todas las ciudades á seguir más bien la justicia que la clemencia respecto de los cristianos, generalmente aborrecidos; y confió la ejecucion de sus edictos á los magistrados y á los sacerdotes, que no solo los espulsaron, sino que los sujetaron á mil tormentos y aun á la muerte. Acaso pretendía por este medio grangearse la voluntad de la fraccion pagana; pero como Galerio se aproximaba á su fin, no quiso tener por enemigos suyos á todos los cristianos y alojó en las persecuciones. Por eso en el año de 310 vemos gozar á Siria de tan gran sosiego que se reedificaban allí iglesias (16).

No se declaraba, pues, la guerra á los cristianos por sentimiento religioso, ni se les concedía la paz, sino por política (17): se trataba de aniquilar ó de dar realce á una fraccion ya poderosa para mantener en equilibrio la fortuna del imperio.

estos términos: Diocleciano Jovio, Maximiano Hercúleo, césares augustos, después de haber dilatado el imperio romano en Oriente y Occidente, y de haber destruido el nombre de los cristianos, que perdían á la república...

«Diocleciano, César augustus, después de haber adoptado á Galerio en Oriente, y destruido en todas las comarcas la superstición de Cristo, propagando el culto de los dioses...»

No es muy cierta su autenticidad; y todavía es más notable la inscripcion que trae MASDEU en su *Historia de España*, V, 372.

III INVICTI CÆSARES—MATRI DEUM—SACELLO—IN DVRII AMNIS ANCONE—INSTRVCTE SVB MAGNÆ PASI-  
PHAES NVMINE—PRIVATVM DIANÆ SACRVM—FORDAM  
VACCAM ALBAM—IMMOLAVERE—OB CHRISTIANAM—  
EORVM PIA CVRA SVPPRESSAM EXTINCTAMQUE—SV-  
PERSTITIIONEM—DIOCLEC—MAXIMIAM—GALERIVS  
—ET CONSTANTIVS—IMPER. AVGGGG PERPETVI.

El piadoso Constancio Cloro es aquí cómplice de la persecucion.

(15) OPTATO, *contra Donatist.*, I, 17 y 18.

(16) EUSEBIO, *De martyr. Palestina*, c. 13.

(17) MOSHEIM dice: *Talem fuisse Christianorum statum, qualem reipublicæ*, p. 955.

## CAPÍTULO XXVIII

### APOLOGIAS Y CONTROVERSIAS.

Algo existe sin duda más penoso para los propagadores de la verdad que las persecuciones y la muerte, y es la calumnia ó la indiferencia, y ambas sometieron á duras pruebas la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indolencia del libre pensador que ve dar muerte á fanáticos (1). Tácito dice, por ignorancia ó por malignidad, que los cristianos formaban una secta odiosa entre las que infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias (2). Plinio el Joven no puede creerlos delincuentes, y sin embargo los castiga. Plinio el Mayor, Plutarco, Séneca, Quintiliano, ni siquiera hacen mencion de ellos: tampoco los nombra Dion Casio en su larga historia. Pocas líneas les consagra la *Historia Augusta*, también muy estensa. Luciano se burla de ellos absurdamente (3). Todos los doctos acusan á los

(1) *Pone Tigillum: tado lucebis in illa.*

*Qua stantes ardent, qui fixo gutture fumant,  
Et latum media sulcum deducit arena.*

Sat. I, 155.

Alude á los fanales de los jardines de Neron.

(2) *Anales*, XV, 44.

(3) Dado que el diálogo titulado *Philopatori* no sea de autor más antiguo, de este modo describe una de sus asambleas:

*Critias.* Iba yo por una callejuela de la ciudad cuando vi una porcion de gentes que se hablaban al oido: fijé mi vista en ellos por si encontraba algun conocido, y distinguí al político Craton, con quien me une la más estrecha amistad desde la infancia.

*Trifon.* No se de quien hablas. ¿Es por ventura aquel que dirige el reparto de los impuestos? Y bien, ¿qué sucedió?

*Critias.* Rompiendo por medio de la muchedumbre, me puse á su lado y después de seguirle, oí á un anciano de poca estatura llamado Cariceno, quien con voz débil y gangosa se esplicó de este modo, no sin toser y escupir antes.

predicadores del Evangelio de dirigirse á las mujeres, á los niños, á los esclavos, y de evitar haberse las con gentes ilustradas. «En las casas particu-

«El que te he dicho pagará lo restante de los tributos; satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá, sin informarse de su profesion, á todas las personas.» Cariceno añadió otras futilidades igualmente aplaudidas por los asistentes, atentos en virtud de la novedad de las cosas. Otro hermano, llamado Clevocarmo, descalzo y sin sombrero, con un manto remendado, murmuraba entre dientes. Me lo enseñó un hombre de usado traje, que venia de las montañas y traía rapada la cabeza. Entonces uno de los asistentes de torva mirada me tiró del manto, creyendo que yo era de la congregacion, y me invitó por mi desgracia á asistir á la asamblea de aquellos hechiceros. Ya habíamos traspuesto el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dice el poeta, cuando después de haber trepado á lo alto de una casa por una tortuosa escalera, llegamos, no á un salon de Menelao, resplandeciente de marfil y de oro, sino á una hedionda bohardilla. Allí vi rostros pálidos, macerados, inclinados al suelo, que, apenas nos descubrieron, se tornaron alegres, preguntándome si era portador de alguna siniestra noticia. Parecia como si aquellas gentes desearan acontecimientos terribles y se recrearan en la narracion de desastres. Hablándose al oido se informaron de quien yo era y de donde venia... Enseguida como gentes que moran en los aires, me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando les respondí: *todo el pueblo rebosa de alegría y rebosará en lo venidero*, fruncióron las cejas y replicaron que eso no seria cierto; que se preparaban grandes calamidades y en breve descargaría la nube.... Entonces comenzaron á perorar sobre lo que les ocurría, manifestando que cambiarían de faz los negocios y Roma seria turbada por las facciones, y vería nuestros ejércitos en derrota. No pudiendo aguantar más tiempo, dije fuera de mí.—«¡Ah miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que profetizais, ya que tan poco amor teneis á la patria!»

*Trifon.* ¿Y qué respondieron los que tienen la cabeza rapada y tambien el espíritu?

lares, dice Celso, se ve á hombres incultos, á toscos obreros permanecer mudos ante los ancianos y padres de familia. Pero si encuentran niños ó mujeres peroran, dándoles á entender que no se debe prestar oído á padres ni á pedagogos, que dicen despropósitos y son incapaces de imbuir el conocimiento de la verdad y aun de apreciarla. Alientan á los niños á sacudir el yugo y á acudir, ora al gineceo, ora á la tienda de un lavadero, ora á la de un zapatero para aprender allí lo que es perfecto.»

Complacíanse en ridiculizarles de este modo; mas no deja de ascender el sol á la esfera porque plazca á algunos cerrar á la luz sus ojos. En balde se quería sofocar ó escarnecer la palabra, pues no por eso dejaba de resonar en todas partes; penetraba en las escuelas, era sostenida en escritos notables por su argumentación apremiante; de tal manera que no fué lícito á las gentes ilustradas descuidar la nueva doctrina que provocaba el exámen y reclamaba justicia.

Ya es poderosa una opinión cuando el partido que puede oprimirla con la fuerza se siente arrastrado á combatirla con razones. Una vez trasladada la cuestión al terreno del debate, pudieron los cristianos admitir el reto, y á la par que los mártires atestiguan la verdad con su sangre, la defendieron los apologistas con su talento.

Fué presentada la primera apologia por el filósofo Aristides y por Cuadrato, obispo de Atenas, al emperador Adriano, cuando se hallaba en aquella ciudad para ser iniciado en los misterios de Eleusis. Serenio Graniano, procónsul de Asia, se había dirigido antes á este príncipe á fin de hacerle presente cuan poco conveniente era otorgar á las vociferaciones del vulgo la sangre de tantos inocentes que solo eran culpables de nombre. Habíale respondido el emperador que no se debía dejar sin exámen aquella clase de procesos, pues de otro modo se daría lugar á desórdenes, si bien tampoco se había de prestar oído á quejas confusas ni á vagos rumores, si no hacer justicia siempre que se acusara á los cristianos de quebrantar las leyes; y además ordenaba castigar á los calumniadores (4). Así no suspendía la persecución, pero aflojaba en ella. Marco Aurelio comunicó instrucciones en igual sentido, determinándole quizá á ello las representaciones de dos obispos, Meliton de Sardis y Apolinar de Hierápolis.

**1.<sup>a</sup> apologia de San Justino.**—Después de haber estudiado en todas las escuelas de filosofía sin encontrar la verdad en ellas, Justino de Siquem en

*Critias.* Me oyeron con calma y recurrieron á sus habituales subterfugios, pretendiendo ver aquellas cosas en sueños, después de haber ayunado diez soles y de pasar la noche entonando himnos.... Entonces se levantaron de los miserables lechos en que estaban reclinados vagando en sus labios una falsa sonrisa, etc.

(4) EUSEBIO, *Hist.*, IV, 8, 9.

Samaria (103-167) abandonó la idolatría por el cristianismo: dirigiéndose á Adriano, á Lucio Vero, al Senado y al pueblo romano en una apologia, se queja de que solo los cristianos sean perseguidos cuando se toleran tantas absurdas religiones y tantos impostores; de que se les acuse de no seguir los ritos de los gentiles cuando estos mismos no concuerdan y disputan á fin de averiguar cual será la víctima y cual el dios entre los animales.

Aunque el secreto de las asambleas no se revelaba á los profanos, Justino espone á los emperadores la forma del bautismo y de la eucaristía: «Los que se persuaden de nuestra doctrina y prometen vivir conforme á ella, están obligados por nosotros á ayunar, á orar ó pedir á Dios la remisión de sus culpas pasadas, y nosotros creemos y ayunamos con ellos; después los conducimos al agua, y son regenerados de la manera que lo hemos sido nosotros.»

»Después del baño, admitido el nuevo fiel, como decimos, entre los demás hermanos, lo conducimos á donde estos están reunidos, á fin de orar en comun con recogimiento, ya por ellos, ya por el iluminado, y por todos los demás fieles en cualquier parte que se encuentren, con objeto de que conocida la verdad, nos sea permitido con las buenas acciones y con la observancia de los mandamientos llegar al lugar de salvación eterna. Terminadas las oraciones nos saludamos con un beso. Después presenta el que preside á los hermanos, pan y una copa de vino y de agua. Luego que los toma, alaba y glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les da infinitas gracias por los beneficios que nos han concedido. Terminada la oración y la acción de gracias, los asistentes dicen en alta voz *Amen*, y enseguida los que se llaman diáconos distribuyen el pan, el vino y el agua consagrados en acción de gracias, y los llevan á los ausentes.

»Llamamos nosotros á esta comida *Eucaristía*, y no es permitido acercarse á ella ó quien no crea la verdad de nuestra doctrina, y no ha sido lavado para la remisión de sus pecados y para la nueva vida, ó no vive según los preceptos de Jesucristo; porque aquello no lo tomamos por pan comun ó como una bebida ordinaria, sino que así como por la palabra de Dios se encarnó Jesucristo y tomó carne y sangre por nuestra salvación, del mismo modo aquel alimento santificado por la oración de su Verbo, se convierte en la carne y la sangre del mismo Jesucristo encarnado, y se convertirá en nuestra carne y nuestra sangre por la mutación que ocurre en el alimento. Recordamos las cosas dichas entre nosotros. Aquellos á quienes es permitido hacerlo, socorren á los pobres; nosotros estamos siempre unidos, y en todos nuestros ofrecimientos bendecimos al criador en su Hijo y en el Espíritu Santo.

»En el día del sol, todos los que habitamos en una ciudad ó aldea, nos reunimos en un mismo

lugar, y se leen los escritos de los apóstoles y de los profetas, cuando el tiempo lo permite. Al concluir el lector, el presidente dirige un discurso al pueblo exhortándolo á imitar tan claros ejemplos; después nos levantamos, y hacemos nuestras oraciones, concluidas las cuales se ofrece, como he dicho, pan, vino y agua. El prelado hace una acción de gracias del mejor modo que puede, y todos responden *Amen*. Se distribuyen á los asistentes las cosas consagradas, y se envían por medio de los diáconos á los ausentes. Los más ricos dan á los demás liberalmente y por su voluntad una contribución, y lo que de tal manera se reúne, lo custodia el prelado, para auxiliar á los huérfanos, á las viudas y á aquellos que por enfermedad ó por otra causa se ven reducidos á la pobreza, y para socorrer á los presos y extranjeros, debiendo en suma ser socorridos todos los que están necesitados. Generalmente nos reunimos el día del sol, porque es aquel en que principió Dios el mundo, y en el cual resucitó Jesucristo y apareció á sus discípulos, enseñándoles lo que os exponemos.»

Continuando explica lo que piensan los cristianos de las cosas celestes. El reinado que aguardan, dice, no es de este mundo, porque entonces habrían menester alcanzarle en esta vida; y al revés van alegres á la muerte que acelera el reinado de Dios. A fin de tocar á este término de sus deseos se abstienen del mal y hacen beneficios; entre ellos el hombre guarda una perfecta continencia, ó si se casa, no cree que le sea lícito esponer sus hijos como lo hacen comunmente los gentiles con la aprobación de los filósofos y la tolerancia de los príncipes: «Creemos que solo los hombres perversos abandonan á sus hijos, ante todo porque observamos que la mayor parte no los educan más que para prostituirlos, pues en todas las naciones se ven millares de niños destinados á malos usos, y que se les cria como á otros tantos rebaños. Sacan de esto un tributo en vez de estirparlo en el imperio, y los que abusan de aquellos infelices además de cometer un pecado, pueden ser conducidos casualmente á abusar de sus propios hijos.»

Tales eran las costumbres de los romanos bajo uno de sus más sabios emperadores, y sin embargo no lo revela todo San Justino. Continuaba de este modo: «Por temor de que perezca un niño espósito y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando está á nuestro alcance criar á nuestros hijos; y cuando renunciamos al matrimonio, guardamos una continencia perfecta.» Y poco después añade:

«Si nuestros usos os parecen razonables, respetadlos; si os parecen inconvenientes, miradlos con desprecio; pero no condeneis por esto á muerte á personas que no causan ningún daño, porque os afirmamos que no os escapareis del juicio de Dios perseverando en semejante injusticia y por nuestra parte os diremos únicamente: ¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Agrada oír exclamar á estos hombres calumnia-

dos: «Hubo un tiempo en que amamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza: practicábamos las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios: procurábamos adquirir el bien ageno por todos los medios, ahora son comunes los nuestros: nos aborrecíamos unos á otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos... Muchos han adoptado un método regular de vida, después de haber sido violentos y vanidosos.»

Pero los cristianos tenían que padecer á causa de su virtud misma. Una mujer que se ha convertido, no quiere secundar el libertinaje de su esposo; irritado éste acusa de su conversión á un tal Tolomeo, que llevado ante Urbicio, prefecto de la ciudad, es condenado á muerte. Entonces un individuo llamado Lucio reconviene al prefecto porque envía al suplicio á un hombre sin ser adúltero, ladrón, ni homicida, diciendo que no puede ser tal la intención del emperador ni del Senado. Urbicio le pregunta si es también cristiano, y contestándole afirmativamente, pronuncia la sentencia capital en contra suya. Lucio le da gracias porque le liberta de este modo de los malos soberanos para enviarle á Dios, el mejor de los padres y de los reyes. Sobreviene un tercero que se confiesa cristiano y es condenado asimismo á morir con los otros.

**2.<sup>a</sup> apologia de Justino.**—Entonces fué cuando Justino dirigió á Marco Aurelio su segunda apologia, donde clama contra los procesos en que se arrancaba á mujeres, á niños y á esclavos, con el auxilio de horribles torturas, la confesión de supuestos delitos, y pide que se le permitan publicar las doctrinas cristianas á fin de que vean los hombres de juicio recto cuán superiores son á todas las demás filosofías. No aparece que produjeran la paz de la Iglesia estos escritos, que el autor selló con su sangre.

**Atenágoras.**—El ateniense Atenágoras dirigió también quejas á Marco Aurelio y á Lucio Vero porque solo se negaba á los cristianos la tolerancia concedida á todos. «No se contentan los perseguidores, dice, con arrebatarnos nuestros bienes, sabiendo que renunciamos á ellos de buen grado; nos atacan en nuestra existencia con acusaciones que convienen mejor á los que nos las ponen. Convénzanos del menor desafuero y no rehusaremos el más cruel castigo. Pero todo lo que se nos ha imputado hasta ahora es simplemente un rumor vago; jamás ha sido convicto de crimen ningún cristiano, y entre ellos no hay más perversos que los hipócritas.»

Especialmente les disculpa de tres delitos, y son el ateísmo, el incesto, y los festines de carne humana. «Hallareis entre nosotros, prosigue, hombres de trabajo, mujeres honradas, que no podrían demostraros con palabras la verdad de nuestras doctrinas, sino con obras, la utilidad práctica de sus sentimientos. Su espíritu no les inspira razones, pero dan cima á buenas obras; se les maltrata y

no lanzan un suspiro; aman á los demás como á sí mismos. ¿Nos esmeraríamos tanto en ser buenos sino estuviéramos persuadidos de que Dios nos mira, y de que después de la vida mortal nos aguarda más hermosa existencia? Nuestra esperanza en la otra vida nos induce á despreciar ésta y á detestar hasta el pensamiento del pecado. Según la diferencia de edades consideramos á los demás hombres como hijos, ó como hermanos y hermanas, ó como padres y madres. Preservando la pureza de aquellos á quienes tenemos por deudos, nos besamos con gran recato, como quienes satisfacen un acto religioso; y si este fuera manchado con el más mínimo deseo, nos privaría de la vida eterna. Cada uno de nosotros se casa por tener descendientes, é imita al agricultor que después de esparcir la semilla en su campo, aguarda con paciencia el fruto. Hay algunos que envejecen en el celibato con la esperanza de unirse así á Dios más estrechamente. No nos es lícito oponernos al que nos ofende de obra ni dejar de bendecir al que nos maldice, porque en vez de contentarnos con la justicia que refrena, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¡Y cómo puede creerse que comemos hombres! Tenemos criados que ven todo lo que hacemos y ninguno de ellos ha depuesto contra nosotros. ¿Cómo era posible que nosotros comiéramos hombres cuando ni aun podemos tolerar la vista de justas acusaciones, ni soportamos como vosotros á los gladiadores y á las fieras en los espectáculos del pueblo, ni creemos que exista diferencia entre el que asiste á la matanza y el que la comete, y tratamos de homicidios el aborto y la esposición de los niños?»

**Minucio Félix.**—Octavio y Cecilio, convertido el primero, todavía pagano el segundo, se habían dirigido á Ostia, donde Marco Minucio Félix, abogado famoso, se hallaba en su casa de campo. Paseándose una mañana en la playa vió Cecilio un ídolo de Serapis, y llevó su mano á la boca, besándola en señal de adoración, según costumbre; censuróle por ello Octavio, considerándolo como una puerilidad indigna de su nombre. Detuviéronse después en la playa á contemplar unos niños que hacían rebotar guijarros en el agua, y Cecilio permaneció algo pensativo en razón de las palabras que le había dirigido Octavio. Propusieronse, pues, someter el asunto á una discusión entre ellos. Tal es el tema de un diálogo de Minucio Félix (5), que á veces exhala cierto perfume de platonismo. Cecilio sostiene á los dioses, y la creencia antigua y general contra aquella gente nueva, mancillada con tan inmundas infamias y perseguida; pero los otros

(5) MINUCII FELICIS, *Octavius*. Leida, 1672, en 8.º. Recientísima es la edición de Minucio Félix hecha por Carlos Halm en el 2.º tomo del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicado á espensas de la Academia de Ciencias de Viena.

dos baten en brecha sus argumentos de tal modo, que acaba por declararse derrotado y convertido.

**Tertuliano, 160-245.**—Quinto Septimio Florencio Tertuliano, natural de Cartago, reputado como el padre de la Iglesia más elocuente en la lengua latina (6), compuso una apología en favor de los cristianos, perseguidos á la sazón en Africa, demostrando, con motivo de la famosa carta de Trajano á Plinio, la injusticia que había en castigarlos solo á consecuencia de su nombre, en negarles la defensa y el ministerio de los abogados, de que jamás se había visto privado ningún presunto reo, en no aclarar los delitos confesados bajo el influjo de los tormentos, y en no indagar la calidad, el tiempo, el modo y los cómplices. «Así procedéis contra nosotros de una manera inusitada. Interrogais á los demás para saber si son delincuentes, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Un hombre dice *Soy cristiano*, y lo dice con verdad: tomáis asiento en el tribunal para arrancar la verdad de boca de los culpables, y solo á nosotros queréis hacernos proferir lo que es mentira. Este método inverso del método ordinario, debería no obstante haceros sospechar que solo una fuerza secreta puede impelerlos á obrar contra las leyes y contra los usos que donde quiera rigen en el foro. Cerca de los tiranos sirven para castigar la falsedad los tormentos; y cerca de vosotros se emplean cuando se dice la verdad. Si la confesión tiene lugar antes de que se apele á los tormentos, no se debe recurrir á ellos: basta pronunciar la sentencia. Os figurais que un cristiano se halla mancillado con toda clase de culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres, de la naturaleza, y solo le pedís una retractación para declararle inocente. Esto es proceder contra las leyes....»

Después de hacer resaltar la ilegalidad del procedimiento, clama contra lo irritante que es castigar á tan gran número de personas. «¿Qué hareis, dice, de los millares de hombres y mujeres de todas edades y condiciones, que tienden los brazos á vuestras cadenas? ¿Cuántas hogueras y cuchillas no necesitareis para su castigo? ¿Diezmareis á Cartago?» Hasta osa remontarse á la fuente de la autoridad, diciendo que las leyes humanas no son infalibles, que unas son abolidas y se introducen otras.

(6) *Q. Sept. Florentis Tertulliani opera, cum annotationibus Rigaltii jurisconsulti*. Paris, 1634-1664. Tertuliano, en su *Apologética*, c. V, enuncia que Tiberio, á quien se había dado cuenta de los milagros de Jesucristo, propuso al Senado reconocerle por Dios, y que el Senado se opuso á ello. Su aserto ha sido recogido, no solo por la fe tímida, sino por historiadores de nota. Si por otra parte se reflexiona que Tertuliano no se apoya en autoridad ninguna, que el Senado no se hubiera atrevido á contradecir á Tiberio sobre propuesta de cualquiera clase que fuese; que este príncipe había abolido poco antes el culto de Isis, y deserrado á Cerdeña cuatro mil hebreos, la crítica no puede admitirlo.

Para refutar la acusación de comer niños, se rebela contra la costumbre de inmolárselos á Saturno, continuada en Africa hasta el proconsulado de Tiberio, que mandó atar á los sacrificadores á los árboles que prestaban sombra al templo. No obstante, si aquel uso había cesado en público, todavía se practicaba secretamente. Recuerda los hombres inmolados á Mercurio por los galos; la sangre humana derramada en Roma en honor de Júpiter, cuando por el contrario los cristianos se abstienen de probar sangre cualquiera que fuese (7).

A la imputación del sacrilegio, responde presentando en toda su desnudez el delirio del culto pagano, comparándole al de los cristianos. «Adoramos á un solo Dios que por su palabra, su espíritu y su poder, sacó de la nada este universo con todo lo que le compone, es decir, con los elementos, los cuerpos y los espíritus, para que fuesen ornamento de su grandeza. ¿Queréis conocerle en sus obras? Teneis el testimonio de vuestra alma, que á despecho de la mala educación, de las pasiones y de la sujeción á los falsos dioses, cada vez que despierta le llama con el solo nombre de Dios, diciendo: ¡Oh gran Dios! ¡Oh buen Dios! Lo que á Dios plazca; Dios lo quiere; le encomiendo á Dios; Dios me lo concederá. Esta es una confesión del alma que no se dirige al Capitolio, sino al cielo. A fin de que tuviéramos de él y de su voluntad un conocimiento más perfecto, nos ha dado el socorro de las Sagradas Escrituras; porque en un principio envió á la tierra hombres dignos, por su santidad y su justicia, de conocerle y de hacer que por los demás fuera conocido. Llenos de su espíritu proclamaron que no hay más que un Dios, que crió todas las cosas, formó al hombre de la tierra, reguló el curso del mundo, dió preceptos cuya observancia fué un medio de serle grato, preceptos que vosotros ignorais ó habeis echado en olvido; un Dios, que al fin del mundo juzgará á los que le sirven para darles en premio la vida eterna, y condenará al fuego eterno á los impíos después de hacer resucitar á los muertos. En un tiempo nos reimos de estas doctrinas y fuimos de vuestro partido; los hombres no nacieron cristianos, llegan á serlo.»

En lo concerniente á la calumnia de lesa majestad, responde asegurando que si los cristianos no manifiestan su adhesión por juramentos y bajezas, oran á lo menos por el emperador, no á divinidades imaginarias, sino al verdadero Dios, á fin de que le otorgue larga vida, un reinado tranquilo, seguridad dentro de su palacio, soldados valerosos, un Senado fiel, un pueblo virtuoso, y la paz en todo el mundo. «Se honra poco al príncipe estableciendo lares y aderezando mesas en público, comiendo en medio de las calles y convirtiendo en

(7) En ejecución de una regla emanada del Concilio de los Apóstoles y observada por largo tiempo, se abstienen los cristianos de la sangre, y no comían la carne de los animales ahogados. Reliquias de los usos hebraicos.

taberna la ciudad toda, y mezclando el vino con el fango, ó corriendo en tropel á cometer bajezas. ¿No es posible dar muestras del público regocijo sino por medio de la vergüenza pública? ¿Seremos delincuentes porque consumamos los votos que hacemos en favor del emperador con castidad, sobriedad y modestia; porque no cubrimos nuestras puertas con ramos de laurel, y porque nos abstenemos de encender lámparas á la luz del día, como se hace para señalar los sitios infames?»

Demuestra que aquellos que más se afanaban en dar tan vanos testimonios á los emperadores, eran sus súbditos menos fieles y los más prontos á rebelarse. Luego añade que aun perseguidos, obedecen los cristianos, hasta cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas, quitándoles la vida y violando hasta sus cadáveres. No albergan ningún pensamiento de venganza; y sin embargo, nacidos ayer ocupan las islas, las ciudades, las plazas fuertes, los campos, el palacio, el foro, el Senado; no os dejamos más que vuestros templos. Siendo tan numerosos podéis hacer la guerra al gobierno ó abandonarle, pero nuestra creencia nos aparta de la ambición y del derramamiento de sangre. No es verdad que por esto permanezcamos inactivos; al revés nos dedicamos al comercio, á la navegación, á las artes, á la agricultura; pagamos los impuestos, y si no enriquecemos los templos, ni á mujeres perdidas, ni á astrólogos, tampoco damos que hacer á los tribunales.

«Bien sé, añade, que nuestras modestas comidas de la noche gozan de mala fama, no solo como culpables, sino también por ser demasiado esquisitas; y sin embargo nada se dice de los banquetes de tantas congregaciones paganas. Nuestra cena indica de donde trae su origen en su nombre agapa, que significa en griego caridad; es un alivio que brindamos á los pobres. Allí no se ven desórdenes ni vilezas. Sin haber orado al Señor nadie se sienta á la mesa: se come lo que se necesita, y no se bebe más que lo conveniente sin ofender la pureza. Se toma un alimento mesurado, como gentes que deben orar hasta de noche, y se habla como entre gentes que saben que Dios las mira. Después de haberse lavado las manos y encendido las lámparas, todos son invitados á cantar las alabanzas de Dios, sacadas de los libros sagrados ó compuestas por alguno de nosotros. Con la oración termina el banquete. Por último, nos separamos con modestia y recato. Tales son las asambleas de los cristianos; somos los mismos juntos ó separados: nadie es ofendido ni molestado por nosotros.»

«Deberíase dar más bien el nombre de facciosos á los que conspiran contra los cristianos bajo el vano pretexto de que son causa de todos los públicos desastres. Si el Tíber sale de madre, si el Nilo no se desborda, si hay falta de agua, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestía, una peste, se clama al punto: ¡Cristianos á los leones! Dígame por favor si no han ocurrido semejantes y más numerosos males antes del reinado de Tiberio y